

Gabino Ezeiza

A orillas del Plata

Bogaba un marino
del Plata a la orilla,
en una barquilla
con increíble afán.
Cortando las olas
que al verse vencidas,
van y embravecidas
en las toscas dan.

Mas llega la barca
de la tosca al lado,
feliz ha llegado
y en tierra saltó
alegre el marino
risueño el semblante
y luego al instante
la barca amarró.

Con paso seguro
casi a la carrera,
cruza la reguera
luego se paró,
en una casita
de pobre apariencia,
luego con las manos
las palmas batió.

Se abrió una ventana
y apareció ella,
una joven bella
-¿quién va? – preguntó,
-¿ya no me conoces?-
contestó el marino,
-¡Soy yo, prenda amada!-
y la puerta se abrió

“Buenos Aires de mi amor,
¡oh, ciudad donde he nacido!
No me arrojes al olvido
yo, que he sido tu cantor.

De mi guitarra el rumor
recogió en sus melodías,
recogió en sus melodías,
el recuerdo de otros días
que jamás han de volver,
los viejos cantos de ayer
que fueron las glorias mías.
Esperanzas que ya no hay,
coplas y cielos ardientes,
la diana de los valientes
volviendo del Paraguay.
Cantos de patria, pero ¡ay!,
que en la guitarra argentina,
que en la guitarra argentina
melancólica se inclina
para decirles adiós,
mientras se apaga la voz
de las milongas de Alsina.
Por eso vengo a cantar
mi trova de despedida,
que hoy la tarde de la vida
mi alma ya empieza a nublar.
Nadie volverá a escuchar
de mi guitarra el rumor,
de mi guitarra el rumor,
cantos de gloria y de amor
de la ciudad en que he nacido,
no me arrojes al olvido
yo que he sido tu cantor.”

En una noche clara

I

En una noche clara
De majestuosa luna
Se ve de un cementerio
El ciprés descollar;
Y en lápidas lujosas
Modeladas tumbas,
El nombre está grabado
Del que descansa en paz.

II

La loza funeraria
Que el musgo la ha cubierto,
El nombre oculta acaso
Del que no existe más;
Un hombre venerado
Tal vez es el que ha muerto,
Que el mundo en su alegría
De él no se acuerda más.

III

Aquellas frescas flores
Que su fragancia brindan,
Emblema de alegría
Y emblema del amor;
Las riegan con el llanto
De paternal cariño,
La madre y el hermano
Sumidos en dolor.

IV

De pronto llega un joven,
Contrito y vacilante,
Inclinada la rodilla
Murmura una oración;
Y caen como una perla
Sobre la blanca loza
Las lágrimas que arranca
Su tierno corazón.

V

"¡Oh! ¡ven, despierta! ¿quieres?
¿Por qué me abandonastes,
Por qué no me llevastes
Para dormir también?
¿No ves que solo a solas
Con mi dolor profundo
Todo lo de este mundo
Desprecio con desdén?"

VI

Y luego se oyó un tiro

Allí junto a la tumba,
Caliente aún el cadáver
Del joven se encontró;
Después pasé el otro año
Y la inscripción decía:
"Tanto él a ella quería
Que en su tumba murió."